

HOMILÍA III DOMINGO DE ADVIENTO CICLO C
Pbro. Arón García Rodríguez
16 de diciembre de 2018

La liturgia de este domingo nos invita a la alegría por el grande acontecimiento salvífico que se dispone a celebrar. La alegría es el tema de las dos primeras lecturas. “¡Canta, hija de Sión! ¡Da gritos de júbilo Israel! ¡Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén! (Sf 3, 14). Hay una razón fundamentalista para que podamos disfrutar de esa alegría. Como dice el mismo profeta, “El Señor ha cancelado nuestra condena, se goza y se complace en nosotros”. Y termina con la única conclusión posible: “El Señor te ama”. Lo que se acerca, lo que vamos a celebrar dentro de unos días es el comienzo de la historia de nuestra definitiva liberación de todo lo que nos oprime, nos encadena y no nos deja ser personas. Lo que nos libera es precisamente ese amor que Dios nos tiene. Si Jerusalén se alborozaba con la esperanza de “aquel día”, la iglesia cada año lo conmemora con alegría inmensamente más grande. Allí era sólo promesa y esperanza, aquí es realidad y un hecho ya cumplido.

San Pablo. Como preparación a la venida del Señor, nos recomienda, con alegría, la bondad: “¡Alégrese! Que la benevolencia de ustedes sea conocida por todos ustedes. ¡El Señor está cerca!” La razón sigue siendo la misma: el Señor está cerca, nuestra liberación ya está en marcha. Ésa es la verdadera y más profunda razón para la alegría y el gozo del cristiano. Cerca por que ya ha venido; Cerca, por que volverá; cerca, porque a quien le busca con amor cada navidad trae una nueva gracia para descubrir al Señor y unirse a Él de un nuevo modo y más profundo. Por eso la amabilidad es lo que resalta San pablo, como distintivo de todo hombre que sea notoria, en el desprendimiento. San Juan el Bautista nos invita el mismo tema.

El Evangelio nos ofrece otra perspectiva de la misma realidad. La alegría se expresa en la amabilidad, en el anuncio de la Buena Nueva de la salvación realizado por Juan Bautista. Pero la acogida de esa noticia no nos puede dejar indiferentes. Tiene consecuencias para nuestra vida. Lo mismo que los que escuchaban a Juan le preguntaron qué debían hacer, hoy también nos podemos hacer la misma pregunta. La respuesta de Juan no fue la misma para todos. Más bien tuvo en cuenta la diversa situación de cada persona. A unos se les pide compartir lo que tienen, a otros practicar la justicia, a otros no hacer daño a nadie ni abusar de su poder. La caridad para con el prójimo, unida a la de Dios, es el punto central de la conversión; el hombre egoísta preocupado sólo por sus intereses debe cambiar de ruta preocupándose de las necesidades y del bien de los hermanos. El bautista no pedía grandes gestos, sino el amor al prójimo concretizado en la generosidad hacia los menesterosos y en la honradez en el cumplimiento de la propia profesión. Era como el prelude del mandamiento del amor sobre el cual tanto había de insistir más tarde Jesús.

La alegría de este domingo nos dice el Papa Benedicto XVI: Debe ser la alegría del cristiano que Dios le suscita en el corazón y que no está reservada sólo a nosotros: es un anuncio profético destinado a toda la humanidad y de modo particular a los más pobres, en este caso a los más pobres en alegría. Pensemos en los numerosos enfermos y en las personas solas que, además de experimentar sufrimientos físicos, sufren también en el espíritu, porque a menudo se sienten abandonados: ¿cómo compartir con ellos la alegría sin faltarles al respeto en su sufrimiento? Pero pensemos también en quienes han perdido el sentido de la verdadera alegría, especialmente si son jóvenes, y la buscan en vano donde es imposible encontrarla: en la carrera exasperada hacia la autoafirmación y el éxito, en las falsas diversiones, en el consumismo, en los momentos de embriaguez, en los paraísos artificiales de la droga y de cualquier otra forma de alienación. No podemos menos de confrontar la liturgia de hoy y su “Alegraos” con estas realidades dramáticas. Como en tiempos del profeta Sofonías, la palabra del Señor se dirige de modo privilegiado precisamente a quienes soportan pruebas, a los “heridos de la vida y huérfanos de alegría”.

La invitación a la alegría es una llamada a un rescate que parte de la renovación interior que sólo la da Dios cuando el hombre se dispone a abrirle su corazón para que suscite en él:

a) La Conversión que anuncia Juan el Bautista. No puede darse si no hay un verdadero cambio, una verdadera conversión. La Buena Nueva, si la acogemos en el corazón, nos cambia la vida y nos ayuda a descubrir el verdadero gozo: “porque el que viene es el que nos ama”. Una conversión que se manifestó en el amor al prójimo y los honestos en cada profesión.

b) La amabilidad, que nos invita San Pablo. Jesús en navidad quiere ser acogido no sólo personalmente, sino también en cada uno de los hombre, sobre todo en los pobres y en los atribulados, con los cuales gusta identificarse: “Tuve hambre, y me diste de comer..., estaba desnudo, y me vestiste” (Mt 25, 35-36). Ser amable es ser humilde y sensible; conocer qué postura y respuesta se adecua para cada ocasión. Indica amabilidad y el deseo de extender misericordia a otros, y un deseo de someterse tanto a la voluntad de Dios como a las preferencias de otras personas.

c) La liberación que anuncia el profeta Sofonías. De todo lo que nos oprime, nos encada y no nos deja ser persona, la liberación del pecado que nos aleja de ser verdaderos hijos de Dios. Cuando experimentamos esta liberación de parte de Dios por el amor que nos tiene, entonces tenemos a Dios en nuestro interior, entonces somos una nueva criatura. Eso significa que en nuestro espíritu, somos nuevos, somos libres, somos santos, somos justificados. “No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que Comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. (Romanos 2.1, 2). Ahora imagina la alegría de Jesús, que te sonrío y te dice: Hijo mío, hace mucho tiempo estaba esperando este momento para sanarte interiormente de tantas cosas que eran como un fardo pesado para ti y te hacían sufrir. Quiero que sepas que siempre estoy a tu lado y escucho tus oraciones. Ven a visitarme a la Eucaristía, donde siempre te espero. Ven a dejarme todos tus problemas y te daré mi Paz. No tengas miedo, solamente confía en Mí (Mc 5, 36).

www.diocesisdeaguascalientes.org